

sin duda, una contribución historiográfica significativa al tema. Las interrogantes, que la autora problematiza, dejan a sus lectores un interesante campo de oportunidades para seguir profundizando en esta línea de investigación.

Roraima Estaba

Universidad Complutense de Madrid

ANTONIO RIVERA y SANTIAGO DE PABLO, *Profetas del pasado. Las derechas en Álava*, Vitoria, Ikusager Ediciones, 2014, 745 págs.

Hace unos meses, en un artículo de opinión publicado en la prensa generalista, el profesor Javier Fernández Sebastián ponía de manifiesto el momento delicado que atraviesa en España la Historia como disciplina académica, causante de un cierto descrédito en un segmento importante de la opinión. A su juicio, compartido aquí, dos han sido y son las principales fuentes de ese descrédito: por una parte, la oleada de memoria histórica en la que se ha visto inmerso el país como consecuencia de la enésima mirada a la Guerra Civil y el franquismo que ha tenido lugar en los albores de este siglo; y, por otra, el uso irresponsable que los nacionalismos han hecho de la disciplina, en su habitual línea secular ahora acentuada. Ambos gérmenes de distorsión, apunta nuestro autor, comparten el denominador común de la supeditación del saber histórico a objetivos políticos partidistas (1).

En cuanto al segundo factor, en concreto, Fernández Sebastián, si bien ha indicado que seguramente ningún nacionalismo está libre de culpa, en la España de estos últimos años ha sido sin duda el secesionismo catalanista el que ha dado mayores muestras de su habilidad para convertir la historia en un arma arrojadiza: «No solo mediante la instrumentación ideológica del sistema educativo y de los medios de comunicación, sino también –*lo que marca una diferencia importante con el caso vasco*– (2) apelando a la movilización de cierto número de historiadores profesionales más o menos prestigiosos, fieles a la causa, dispuestos a organizar simposios de corte aparentemente académico, como el que se celebró hace menos de dos años en Barcelona bajo los auspicios de la Generalitat con el vergonzoso título *España contra Cataluña*».

Para la reseña que aquí nos ocupa, conviene quedarse con este último comentario, porque, efectivamente, el grueso de la historiografía vasca no solo ha sabido sustraerse a la nefasta influencia del nacionalismo políticamente hegemónico, sino que ha logrado colocarse en posiciones de excelencia dentro de la historiografía española. Lo cual, dicho sea de paso, no deja de ser milagroso partiendo del marco políticamente tan adverso (la omnipresencia del nacionalismo identitario

---

(1) JAVIER FERNÁNDEZ SEBASTIÁN: «Historia responsable», *El País*, 5-IX-2015.

(2) El subrayado es mío.

en las instituciones y en la vida diaria) y problemático (el terrorismo de ETA) en el que se ha desarrollado a lo largo de los cuatro últimos decenios, en coincidencia con la construcción y consolidación de la España democrática. De este modo, si en los años setenta del pasado siglo fue la historiografía catalana la punta de lanza de nuestra historiografía, hoy puede afirmarse que tal liderazgo ha pasado a mejor vida, habiendo tomado el relevo, entre otros núcleos académicos españoles, la producción histórica que viene del País Vasco. Sin duda algo tuvo que ver en este desenlace la simiente sembrada en su día por algunos de los padres primigenios de esta historiografía, desde posiciones teóricas y metodológicas tan diversas e incluso dispares como las representadas por Manuel Tuñón de Lara, Juan Pablo Fusi, Ignacio Olábarri o Manuel González Portilla, entre otros.

El libro de Antonio Rivera y Santiago de Pablo, un denso y pormenorizado estudio sobre el universo conservador alavés de los dos últimos siglos, constituye una de las últimas muestras de la pujanza académica a la que nos tienen acostumbrados los historiadores vascos desde hace muchos lustros, de la mano de las sucesivas cohortes de herederos de los citados padres fundadores, cuya lista es ya tan larga como solvente (Luis Castells, Manu Montero, José Luis de la Granja, los ya tristemente fallecidos Ignacio Arana y José María Garmendia, Javier Ugarte, Ricardo Miralles, Félix Luengo Teixidor, José María Portillo, Coro Rubio Pobes, Fernando Molina y un largo etcétera).

*Profetas del pasado* viene a culminar una trilogía con la que en su momento los autores se propusieron analizar a fondo, siempre desde la particular atalaya alavesa, las tres grandes culturas políticas que han dominado la historia de esta región española en la contemporaneidad. Si el primer volumen (*La utopía futura*) se centró en las izquierdas y el segundo en el nacionalismo (*En tierra de nadie*), el tercero da cuenta de la vida política de la corriente ideológica que más presencia y penetración han tenido históricamente en la provincia. Frente a las izquierdas, que se nutren de la utopía de lo por venir –nos dicen los autores– o los nacionalistas, que básicamente señalan quiénes pertenecen (y quiénes no) a la comunidad, las derechas fían a la continuidad de tiempos pretéritos y a la historia su capacidad natural para asentar lo fundamental y para ir eliminando lo superfluo o perjudicial, casi al margen de la mano del hombre.

Como en otras partes de Europa, en el País Vasco la historia de las derechas nació como reacción a la profunda alteración provocada a fines del s. XVIII por la oleada revolucionaria que sacudió el mundo occidental de la mano de la lectura radical de la herencia ilustrada. Una reacción que se articuló en dos versiones básicas desde sus inicios, la representada por los reaccionarios propiamente dichos –opuestos por principio a todo cambio– y la de los conservadores –capaces de adaptarse a los designios de los tiempos con prudencia para mantener lo esencial–. En una tierra tan profundamente católica como esta, ambas corrientes, aunque coincidentes en muchos aspectos, también se dividieron desde muy pronto y rivalizaron en no pocas ocasiones. Con la particularidad, en Álava, de que si los primeros, los reaccionarios, contaron siempre con una apo-

yatura social mucho más amplia, fueron los conservadores, reclutados entre las élites locales, los que mayor poder e influencia disfrutaron en las alturas del Estado a lo largo del tiempo. De hecho, solo en los momentos críticos, en los contextos más conflictivos y violentos, fueron capaces de imponerse los defensores a ultranza de las tradiciones y el inmovilismo político «en una sociedad tan conservadora incluso en lo conservador como la alavesa».

A diferencia del resto del País Vasco y de Navarra, lo curioso del caso que nos ocupa es que la singularidad provincial hizo que, por encima de sus rivalidades y enfrentamientos, ambas corrientes, haciendo gala de una marcada capacidad sincrética frente a las coyunturas más problemáticas, se mostraran predisuestas a encontrar puntos de encuentro básicos en la preservación de lo propio: la defensa de los intereses y privilegios de la provincia –confundidos con los de las mismas élites dirigentes– al amparo de la realidad foral. Todo ello de la mano de una serie de estrategias políticas (fuerismo, provincialismo, foralismo, vitorianismo...) y de familias «que no se han confundido e igualado a los *plebeyos* hasta hace dos días»: los Ortiz de Zárate, Urquijo, Zavala, Sodupe, Velasco, Salazar, Echave-Sustateta, Elío, Oriol, Elizagárate, Pobes, Lejarreta, Alfaro, Rabanera, Viana, Abascal, Cortázar...

Tal predominio explica que la política moderna, basada en la competencia abierta, tardara tanto en afincarse en el territorio, y que las izquierdas se limitaran a jugar casi siempre, al menos hasta tiempos muy recientes, el papel de eternos espectadores y comparsas ante los que mandaban aquí.

De este modo, a la largo de la dilatada historia del liberalismo español, las élites dominantes se mantuvieron en el poder en virtud de su influencia –claramente instrumental– en el vértice del Estado y, cuando ello ya no fue posible, como en otras partes de España ensayaron la vía del recurso a los militares. No obstante lo cual, cuando tuvieron que enfrentarse al juego democrático (en los años treinta del siglo XX primero, y en la actual democracia, aunque con cierto retraso, después) hicieron gala de una capacidad movilizadora («músculo político», apuntan Rivera y De Pablo) capaz incluso de derrotar a sus adversarios –de la izquierda o del nacionalismo vasco– sin paliativo alguno.

Aun así, es claro que la política entendida bajo el control del poder por parte de unas cuantas familias comenzó a resquebrajarse cuando, en el tardofranquismo, el escenario alavés se transformó de la mano de la industrialización acelerada y la consiguiente llegada masiva de emigrantes procedentes de otras zonas de España. Todavía en los primeros años de la Transición a la democracia los apellidos de siempre eran mayoría en las instituciones provinciales y locales. «Después, la pluralidad y la diversidad a todos los efectos se hicieron un hueco». «Sin evaporarse los lustrosos apellidos, la «historia de familias» había llegado a su final».

Esta aproximación exhaustiva al pasado del conservadurismo alavés –por definición tan singular como plural– nos sitúa ante una historia fascinante ajustada a los parámetros de la mejor historia política clásica, sin que ello haya comportado doblegarse a las vaporosas modas historiográficas de turno ni a

ninguna servidumbre política del presente. Hubiera sido de agradecer, eso sí, la preservación del aparato crítico y de las fuentes primarias detalladas a pie de página, que se intuyen copiosas, pero que incomprensiblemente fueron eliminadas en su día por decisión del editor.

*Fernando del Rey Reguillo*

Universidad Complutense de Madrid

*ALICIA GIL LÁZARO, Inmigración y retorno. Españoles en la ciudad de México, 1900-1936*, Madrid, Marcial Pons e Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Alcalá, 2015, 334 págs.

En la introducción a la obra, afirma la autora, Alicia Gil Lázaro, que el propósito del libro consiste en analizar las experiencias migratorias de españoles que acudieron a la ciudad de México durante las tres primeras décadas del siglo XX. A lo anterior, añade la autora que es necesario, teniendo en cuenta la naturaleza circular del hecho migratorio, para el análisis de dicho hecho el estudio de estas migraciones tanto en lo que se refiere a la inserción en la comunidad de recepción como al retorno a la de origen. Dado que ambos procesos están fuertemente vinculados, el estudio de los dos es el único modo de ofrecer una panorámica integral de la migración. Alicia Gil Lázaro explica la novedad de la investigación, que justifica un nuevo trabajo acerca de la migración española a México, es el objetivo central del trabajo, concretamente, según palabras textuales de la autora, la búsqueda de formas de articulación social ante los conflictos. De esta manera, se observa particularmente a los sujetos, aunque sin dejar de prestar atención al Estado y a las instituciones. Como es lógico, la articulación social ante los conflictos, o, lo que es lo mismo, las estrategias que los sujetos diseñan ante situaciones problemáticas, que se analizan en esta investigación, siempre se encuentran en el contexto de la migración; sin embargo, este contexto se entiende de manera amplia, incluyendo el retorno, y específicamente el retorno asistido por el estado de origen.

En lo que se refiere a las fuentes empleadas en la investigación que sirve de base para esta obra, llama la autora la atención sobre las primarias. Estas forman parte de los ricos fondos documentales de los consulados y embajadas españoles sobre la emigración a América en el periodo que transcurre entre el último tercio del siglo XIX y el primero del siglo XX. Estos documentos son abundantes cartas, informes, declaraciones, solicitudes y gestiones administrativas. Estas fuentes, continúa explicando Alicia Gil Lázaro, han sido previamente analizadas por historiadores, aunque no todas ellas. Los archivos diplomáticos lo han sido, mientras que los papeles consulares no tanto. Y son precisamente estos últimos de los que se ocupa la investigación. Sigue adelante la autora describiendo la naturaleza de este tipo de fuente primaria: los españoles migrantes,